

Ingmar Bergman

# PERSONA

Prólogo de Jonás Trueba

Traducción de Carmen Montes

NOESEST  
CREACIO  
MIAUNG  
CINEM  
ENS  
HAF  
LOQU  
ALTE  
MELOD  
PODRE  
GRABACIO  
SONMUCHOLOS



Lectulandia

La actriz Elisabet Vogler se encuentra en un hospital después de perder la voz mientras estaba interpretando *Electra* en el teatro. A su cuidado está una enfermera llamada Alma, con quien Elisabet, para quien los doctores no encuentran causa aparente de su silencio, comienza una estrecha relación...

*Persona* es una de las obras maestras del séptimo arte y en este libro Bergman nos muestra su enorme potencia literaria. Como señala el propio autor, no se trata de un guión cinematográfico sino que «se asemeja más al tema de una melodía». Jonás Trueba dice en el prólogo: «Pocos guiones se alejan tanto de los tecnicismos propios del género y se acercan más al lector común de novelas. No se trata de una mera descripción de futuras imágenes, sino de un poderoso texto literario cuya fuerza reside en su capacidad para seducir e interrogar. A Bergman le gustaba decir que los guiones deben escribirse como si se tratara de un largo y cariñoso mensaje a los actores y técnicos que van a trabajar en la película. Pensaba que era la mejor forma de intimar con todos ellos. Ahora somos nosotros los que podemos intimar con él».

**Lectulandia**

Ingmar Bergman

**Persona**

ePub r1.0

Titivillus 30.07.15

Título original: *Persona*  
Ingmar Bergman, 1965  
Traducción: Carmen Montes Cano  
Prólogo: Jonás Trueba

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**PRÓLOGO DE**

**Jonás Trueba**

## TENTATIVA DE PROLOGAR UN GUIÓN DE BERGMAN

**H**emos puesto miles de fechas al nacimiento de la modernidad en el cine, pero si a los cineastas de la Nouvelle Vague les gustaba decir que el cine moderno había nacido en ese verano con *Monika* de 1952, cuando Harriet Andersson se giró repentinamente y se quedó mirando al objetivo de la cámara, entonces se podría decir que fue el mismo Bergman, si no un nuevo Bergman, el que refundó el cine moderno cuando decidió filmar las manos y los rostros simétricos de Liv Ullman y Bibi Andersson.

Indagar en las razones de *Persona*, detenerse en los motivos que empujaron a Bergman a realizar esta película resulta mucho más enriquecedor y fascinante que tratar de analizar su argumento. Para unos, siempre ha resultado incomprensible y exasperante; para otros, se trata de una reflexión soberbia sobre el alma humana y la pérdida de la identidad. Pero Bergman siempre negó cada una de las interpretaciones que le lanzaban sobre su película. Para él no era más que «una tensión, una situación, algo que ha ocurrido y pasado, y más allá de eso, no sé».

Cuando empezó a escribir el guión, llevaba tiempo ingresado en un hospital. Había tenido que abandonar una gran producción titulada *Los antropófagos* a causa de una bronconeumonía y dirigía el Teatro Nacional de Suecia desde la cama. Se pasaba horas y horas tumbado, sin poder leer ni mirar la televisión, contemplando una mancha negra en el techo de su habitación y sumido en una profunda crisis existencial y profesional. Por primera vez había sentido la necesidad de interrogarse acerca de su actividad como creador y de poner ésta en relación con la sociedad y el mundo. De esas preguntas surgió un texto titulado «La piel de la serpiente», que leería al recibir el premio Erasmus a toda su carrera y que más tarde usaría como prólogo al guión de *Persona*. En él reconoce la futilidad del arte, pero encuentra nuevas razones para seguir trabajando, razones que se sustentan en una «insoportable curiosidad, ilimitada, jamás calmada, constantemente renovada, que me empuja hacia adelante y que nunca me da descanso». Todavía resulta emocionante leer aquella declaración de intenciones: «Capturo una mota de polvo en el aire, tal vez sea una película. ¿Qué importancia tiene eso?: ninguna, pero yo lo encuentro interesante, por tanto afirmo que esto es una película». Porque más allá de los grandes dilemas, el guión de *Persona* se materializa gracias a una serie de elementos tangibles y de imágenes retenidas en su memoria: una fotografía, dos rostros simétricos, unas manos que se entrelazan, algunos trozos de celuloide, los recuerdos de la infancia y «esos secretos sin palabras que sólo el cine es capaz de sacar a la luz».

Cuando Bergman era pequeño, le gustaba jugar con trozos de película de nitrato que podía comprar en una tienda cerca de su casa. Le gustaba bañarlos en sosa hasta que la emulsión se disolvía; entonces podía pintar y dibujar nuevas imágenes sobre la

película blanca, imágenes que algunos años después incorporaría a los títulos de crédito de *Persona*, intercaladas con otras imágenes mucho más ásperas y desasosegantes, que reflejaban su estado de ánimo en el hospital, cuando «vivía muy cerca de los muertos, entre cuatro paredes de ladrillo y unos cuantos árboles tristes».

Fue entonces cuando descubrió el parecido asombroso de Bibi Andersson y Liv Ullman en una fotografía, y poco después telefoneó a su productor pidiéndole que contratase a ambas actrices para una futura película. «Será la historia de una persona que le habla a otra que no dice nada. Después comparan sus manos, y finalmente se funden en un abrazo». Me gusta pensar que este guión surge de una imagen, de las ganas de Bergman de filmar el rostro de dos actrices hermosas cuyo parecido le resultaba perturbador, y de un productor dispuesto a confiar su dinero al talento de un director que no parecía saber muy bien qué película iba a hacer. Bergman contó más tarde que *Persona* le salvó la vida. Y lo cierto es que pocas veces el cine ha podido ser más terapéutico. El personaje de Elisabet Vogler tiene mucho del propio Bergman, y algunos de sus miedos y de sus obsesiones quedaron proyectados en esa actriz que un día enmudece y se niega a seguir interpretando. Bergman quiso también que las imágenes que le asaltaban al cerrar los ojos interfiriesen en sus ideas, y se propuso escribir el guión como si se tratara de un poema. «El evangelio de la comprensibilidad, que me metieron en la cabeza desde que sudaba como negro de guiones en Svensk Filmindustri, pudo irse al infierno». Y es que *Persona* es una de esas raras películas en las que, como escribió Barthes a propósito de *El ángel exterminador*, «el sentido se suspende». Jean-Claude Carrière ha contado lo mucho que Buñuel y él admiraban *Persona*, y que cuando tuvo la oportunidad de conocer a Bergman no dudó en preguntarle acerca de la famosa secuencia en la que Bibi Andersson cuenta la misma historia dos veces, a lo que Bergman respondió: «La historia que se cuenta nunca es la misma que la que se escucha».

En el guión que tenemos entre manos no existe esa repetición, porque Bergman no intuyó el aforismo hasta que llegó a la sala de montaje. Hay muchos otros elementos de la película que no están aquí, pero también hay muchos pasajes del guión que no están en la película. Se podría decir que el guión que se lee nunca es el mismo que se ve, y mucho menos éste. Pocos guiones se alejan tanto de los tecnicismos propios del género y se acercan más al lector común de novelas. No se trata de una mera descripción de futuras imágenes, sino de un poderoso texto literario cuya fuerza reside en su capacidad para seducir e interrogar. A Bergman le gustaba decir que los guiones deben escribirse como si se tratara de un largo y cariñoso mensaje a los actores y técnicos que van a trabajar en la película. Pensaba que era la mejor forma de intimar con todos ellos. Ahora somos nosotros los que podemos intimar con él.

Madrid, 28 de diciembre de 2009

# PERSONA

**N**o es esta creación mía un guión cinematográfico en su acepción habitual. Lo que he escrito se asemeja más, en mi opinión, al tema de una melodía, el cual, según creo, podré ir instrumentando a lo largo de la grabación. Son muchos los puntos en los que no me siento seguro y de un pasaje, como mínimo, no sé nada en absoluto. Y es que he descubierto que el asunto que elegí es muy amplio y que lo que escribí o lo que incorporé a la versión definitiva de la película (;qué idea más espantosa!), no podía sino resultar de lo más arbitrario. De ahí que ahora apele a la imaginación del lector o del espectador para que disponga libremente del material que aquí pongo a su disposición.

**M**e imagino la película transparente rodando a toda velocidad por el proyector. Limpia de signos y de imágenes fotográficas, le arrancará a la pantalla el reflejo de una luz parpadeante. De los altavoces se oirá sólo el rumor de los amplificadores y el débil crujido del tránsito de las partículas de polvo por el tocadiscos.

La luz se estabiliza y se densifica. Sonidos incoherentes y breves fragmentos de palabras como fogonazos empiezan a plasmarse en el techo y en las paredes.

En medio de esa blanquísima blancura, aparecen las siluetas de una nube..., no, de un espejo de agua..., no, era una nube..., no, un árbol de inmensa copa..., no, un paisaje lunar.

Aumenta el murmullo en movimientos circulares y palabras completas (incoherentes y remotas) comienzan a aparecer como sombras de peces en aguas de profundidad abismal.

Ni una nube ni una montaña ni un árbol de frondoso follaje, sino un rostro con la mirada clavada en la del espectador. El rostro de la enfermera Alma.

—Alma, ¿ha ido ya a ver a la señora Vogler? Ah ¿no? Tanto mejor. Iremos juntas. Así puedo presentarlas. La pondré al corriente, sólo por encima, de la situación de la señora Vogler y de las razones por las que la hemos contratado a usted para cuidarla. En resumidas cuentas. La señora Vogler es actriz (como usted sabe) y estaba trabajando en la última representación de *Electra*. En el segundo acto enmudeció y miró a su alrededor como sorprendida. No recurrió al apuntador ni a la ayuda de su interlocutor en escena, sino que guardó silencio durante más de un minuto. Acto seguido, continuó con la representación de la obra como si nada hubiese ocurrido. Después de la función, se disculpó ante sus compañeros explicando su silencio con las siguientes palabras:

«Me entró una risa espantosa».

—Se quitó el maquillaje y se fue a casa. Compartió con su marido una cena frugal en la cocina. Hablaron de esto y de aquello y la señora Vogler mencionó el episodio de la función, pero sólo de pasada y algo incómoda.

—Marido y mujer se dieron las buenas noches y se retiraron cada uno a su dormitorio. A la mañana siguiente llamaron del teatro para preguntar si la señora Vogler había olvidado que tenía ensayo. La criada fue a la habitación de la señora Vogler, que seguía en la cama. Estaba despierta, pero no respondía a las preguntas de la empleada ni se movió lo más mínimo.

—En ese estado lleva ya tres meses. Se la ha sometido a todos los exámenes imaginables. El resultado es unívoco: a nuestro entender, la señora Vogler está sana por completo, tanto psíquica como físicamente. Ni siquiera se trata de una especie de reacción histérica. La señora Vogler ha mostrado siempre durante su evolución como artista y como persona un carácter alegre y realista, así como una salud física

excelente. ¿Alguna pregunta, Alma? Bien, en ese caso, entremos a ver a la señora Vogler.

— **B**uenos días, señora Vogler. Mi nombre es Alma, soy la enfermera contratada para cuidarla en lo sucesivo.

—(La señora Vogler la observa con atención).

—Puedo hablarle un poco de mí, si le parece. Obtuve el título de enfermera hace dos años. Tengo veinticinco y estoy prometida. Mis padres tienen una granja en el campo. Mi madre también fue enfermera antes de casarse.

—(La señora Vogler escucha).

—Bien, voy a buscar la bandeja de su cena. Hígado frito y ensalada de fruta. Tenía una pinta riquísima.

—(La señora Vogler sonríe).

—Antes voy a elevar un poco el respaldo de la cama para que esté cómoda.

— Bien, enfermera, ¿cuál es su primera impresión?

—No sé, doctora. No es fácil decirlo. Estuve mirándola a los ojos todo el rato. Al principio cree uno que su expresión es dulce y casi infantil. Pero después, cuando le miras los ojos... No sé cómo explicarlo. Tiene una mirada tan dura, creo yo. En un momento dado me pregunté si no le desagradaba que le hablase. Pero no parecía estar impaciente en absoluto. La verdad, no sé. Tal vez debería...

—Adelante, Alma, diga lo que estaba pensando.

—Por un instante pensé que quizá debería renunciar a este trabajo.

—¿Hay algo en él que la asuste?

—No, no es eso. Pero tal vez la señora Vogler debería contar con una enfermera de más edad y experiencia; quiero decir, con más experiencia de la vida. Puede que yo no lo resista.

—¿Cómo que no lo resista?

—Anímicamente.

—¿Anímicamente?

—Si la inmovilidad de la señora Vogler es resultado de una decisión, y así es, sin duda, puesto que se la considera totalmente sana...

—¿Sí?

—En ese caso, se trata de una decisión que revela una gran fuerza psíquica. Creo que quien se encargue de cuidarla debe poseer también una gran fortaleza mental. Sencillamente, no sé si yo daré la talla.

—Señorita Alma, cuando empecé a buscar una cuidadora adecuada para la señora Vogler, estuve hablando largo y tendido con la directora de su escuela y ella la nombró a usted sin vacilar. En su opinión, es usted idónea para el puesto desde todos los puntos de vista.

—Haré cuanto esté en mi mano.

La enfermera Alma le ha puesto la inyección a la señora Vogler y ahora le ayuda a colocar bien los almohadones, apaga la lámpara del cabecero de la cama y se dirige a la ventana para descorrer las cortinas. Está atardeciendo, pero el cielo refleja su intensa luz sobre las pesadas copas de los árboles vestidos de otoño. Justo encima de la cruz que forman los listones de la ventana, se ve un pequeño cuarto de luna rojizo.

—Se me ocurre que tal vez quiera descansar aquí contemplando el atardecer. Ya correré las cortinas más tarde. ¿Quiere que ponga la radio así, bajito? Dan una obra de teatro, creo.

La enfermera Alma se mueve por la habitación con diligencia y sin apenas hacer ruido, pero siente que la señora Vogler no deja de observarla. Por la radio se oye una voz indescriptible de mujer.

—Perdóname, perdóname amor mío, ¡oh!, tienes que perdonarme. No deseo otra cosa que tu perdón. Perdóname y podré volver a respirar, a vivir.

La bella dicción se ve interrumpida por la risa de la señora Vogler. Es una risa cálida y sincera. Una risa tal que se le llenan los ojos de lágrimas. Al cabo de unos segundos, guarda silencio para seguir escuchando. La voz de mujer continúa infatigable.

—¿Qué sabes tú de compasión? ¿Qué sabes de los sufrimientos de una madre, del dolor sangrante de una mujer?

La señora Vogler estalla en nuevas risas, con el mismo regocijo. Levanta el brazo y le coge la mano a Alma, la atrae hacia sí y la sienta en el borde de la cama, trajina con el control del volumen de la radio, la voz de la mujer se intensifica hasta adquirir proporciones sobrenaturales.

—¡Oh Dios!, tú que estás ahí en algún lugar, en esa oscuridad que a todos nos rodea, apiádate de mí. Tú que eres amor.

La enfermera Alma apaga horrorizada la radio y, con ella, esa voz lastimera de mujer. Sonríe insegura y mira a la señora Vogler que, con el ceño fruncido, deja escapar una risita discreta. Después, mueve la cabeza despacio y dirige a Alma una mirada serena.

—Que no, señora Vogler, que yo estas cosas no las entiendo. Claro que me interesan el teatro y el cine, pero no voy mucho, por desgracia. Por lo general acaba una agotada por las noches. Aunque...

—¿?

—Aunque siento una admiración fenomenal por los artistas y, en mi opinión, el

arte tiene una relevancia fenomenal en la vida; en especial, para las personas que sufren dificultades de cualquier tipo.

La enfermera Alma pronuncia esta última frase con cierto embarazo. La señora Vogler la mira con ojos atentos, oscuros.

—En fin, no creo que deba expresar mi opinión sobre esos asuntos ante usted, señora Vogler. Es meterse en terreno resbaladizo.

—Tal vez quiere que ponga la radio otra vez. Ah, ¿no? Puede que haya alguna emisora de música. Tampoco. En ese caso, buenas noches, señora Vogler, que duerma bien.

Alma le suelta la mano, grande y húmeda, de gruesas venas azuladas, una mano pesada y hermosa, como más vieja que el rostro, aún joven. Y sale de la habitación, cerrando con un clic ambas puertas, la interior y la exterior. Se la oye decir algo en el pasillo, hasta que todo queda en silencio.

Elisabet Vogler descansa pesadamente la cabeza sobre el duro almohadón. La inyección empieza a surtir el efecto de un adormecimiento placentero. En el silencio, presta atención a su propia respiración, que encuentra ajena y que, pese a todo, acoge como una buena compañía. Las lágrimas comienzan a brotar de sus ojos y a discurrir despacio por las sienes hasta desembocar en la cabellera revuelta. La boca grande, suave, entreabierta.

Oscurece. Los árboles se difuminan y desaparecen a medida que el cielo se vuelve negro. Oye voces lejanas, profundas, que se aproximan a su respirar pausado. Son palabras sin sentido, fragmentos de frases, sílabas, ya mezcladas, ya como si se dejasen caer a intervalos de vacío.

Las lágrimas acuden incesantes a sus ojos.

**A**lma se desnuda.

Ordena un poco su pequeña habitación. Lava unas medias.

Riega una planta ajada e indefinible. Pone la radio. Bosteza varias veces. Se sienta en el borde de la cama con un pijama viejo.

—Una puede andar por la vida casi de cualquier manera, dedicarse casi a cualquier cosa. Yo me casaré con Karl-Henrik y tendremos un par de hijos a los que debo educar. Todo eso está ya decidido, existe dentro de mí misma. No tengo que pensar siquiera en cómo será. Y eso me da una seguridad indecible. Y además, tengo un trabajo que me gusta. Eso también está bien; aunque en otro sentido. Me pregunto qué le pasará en realidad a la señora Vogler.

Una mañana, varios días después, la enfermera Alma halla a su paciente en un estado de hondo desasosiego. Sobre la colcha hay una carta aún sin abrir.

—¿Quiere que la abra yo, señora Vogler?

—(Asiente).

—¿Y quiere que la lea?

—(Asiente una vez más).

—¿Que se la lea en voz alta?

Alma ya ha aprendido a comprender y a interpretar las expresiones faciales de la señora Vogler y apenas se equivoca en sus suposiciones. Así que abre la carta y comienza a leer, esforzándose por que su voz suene tan impersonal como sea posible. De vez en cuando se ve obligada a detenerse, pues le cuesta mucho descifrar la caligrafía. De hecho, hay palabras que es incapaz de leer.

#### LA CARTA

¡Querida Elisabet!:

Puesto que no se me permite verte, te escribo. Si no quieres leer mi carta, no lo hagas. Yo, al menos, no puedo evitar buscar este tipo de contacto contigo, pues me atormentan una angustia y una duda permanentes: ¿Te he hecho daño de algún modo? ¿Te he herido sin saberlo? ¿Se ha producido algún terrible malentendido entre nosotros? Me hago mil preguntas para las que no hallo respuesta.

Yo creía que éramos felices. Jamás habíamos tenido una relación tan íntima. Tú misma recordarás que decías: «Ahora empiezo a comprender lo que significa realmente el matrimonio. Tú me has enseñado (esto no consigo leerlo). Tú me has enseñado que (es casi ilegible). Tú me has enseñado que tú y yo (¡ah, ahora lo entiendo!) hemos de vernos el uno al otro como si fuéramos dos niños ansiosos llenos de buena voluntad y con los mejores propósitos, pero gobernados (eso debe de decir, gobernados) por unas fuerzas que sólo dominamos parcialmente».

¿Recuerdas cuándo me lo dijiste? Fue mientras paseábamos por el bosque y tú te detuviste y te agarraste del cinturón de mi abrigo.

Alma, la enfermera, interrumpe la lectura y observa asustada a la señora Vogler, que se ha incorporado en la cama mientras ella leía y tiene el rostro totalmente desencajado.

—¿Quiere que deje de leer?

—(Niega con un gesto).

—Bien, en ese caso, debe usted tumbarse de nuevo. ¿Quiere que le traiga algún tranquilizante?

—(Como antes).

—¿No? Ah, había una fotografía en el sobre. Es de su hijo. ¿La quiere? No sé si... Oh, es un niño precioso.

La señora Vogler coge la fotografía y permanece un buen rato observándola. La enfermera está junto a la cama, con las manos apoyadas en el cabecero. Se ha guardado la carta en el bolsillo del delantal.

De pronto, la señora Vogler rasga la fotografía por la mitad y se queda observando con desprecio los dos trozos antes de dárselos a la enfermera.

**A**quella misma noche, la enfermera Alma va a un pequeño cine de barrio algo apartado donde ponen una película de hace varios años, con Elisabet Vogler en el papel protagonista.

**L**a misma noche (en que Alma va al cine) se produce un incidente digno de mención. La señora Vogler (al igual que otros muchos pacientes del hospital), dispone en su habitación de un aparato de televisión. Para sorpresa de muchos, la señora Vogler muestra gran interés por los más variados programas. Lo que sí evita son, fundamentalmente, las representaciones teatrales.

Esa noche está viendo un programa sobre política internacional en el que se incluye un pasaje donde aparece una monja budista que, como protesta contra la política regional del gobierno, se prende fuego hasta morir en plena calle. Al ver esta escena, la señora Vogler empieza a llorar y a gritar de forma desgarradora.

Un día, la doctora se presenta en la habitación de la señora Vogler y se sienta en la silla de las visitas.

—No tiene sentido que permanezcas más tiempo en el hospital. Creo que no te sienta bien y, puesto que no quieres volver a casa, sugiero que tú y la enfermera Alma os mudéis a la casa que tengo en la costa. Allí no hay nadie en decenas de kilómetros a la redonda. Te aseguro que la naturaleza es buen médico.

La doctora reflexiona unos minutos, frotándose las uñas con la palma de la mano. La señora Vogler descansa en la cama. Lleva una bata entallada de color gris oscuro. Está pelando una pera con un cuchillo de plata pequeño y afilado. El jugo discurre chorreante por sus dedos.

—Y bien, ¿qué te parece mi propuesta?

La señora Vogler la mira disculpándose con una sonrisa, pero la doctora mantiene su expresión apremiante.

—Será mejor que te decidas cuanto antes, de lo contrario te romperás la cabeza intentando dilucidar qué hacer. Con la enfermera Alma ya he estado hablando. Al principio se mostró un tanto dudosa, pues tiene algo así como un novio. Pero cuando le expliqué que el joven podía alojarse sin problemas en la casita de huéspedes los días en que ella librase, terminó aceptando. Además, a la enfermera Alma se la puede sobornar. Supongo que está ahorrando para el ajuar, o para cualquier otra cosa igual de conservadora y chocante.

La señora Vogler come un trozo de la pera, jugosa en exceso; tiene los dedos separados unos de otros mientras busca una servilleta de papel y se limpia a conciencia las manos y la boca; después, limpia también el mango del cuchillo.

—Alma es una jovencita espléndida. Te será de gran ayuda.

La doctora se levanta de la silla y se acerca a la cama, le da a la señora Vogler unas palmaditas en el pie.

—En cualquier caso, quiero una respuesta mañana o pasado. Con algo tendrás que atormentarte, ahora que te lo han arrebatado todo.

Ahora la señora Vogler parece atormentada de verdad.

—¡Ahora *pareces* atormentada de verdad! Se trata de tantear con cuidado el nervio del dolor.

La señora Vogler mueve la cabeza de un lado a otro.

—Tenemos que tocarlo, sea como sea. De lo contrario, todo irá a peor.

La señora Vogler cierra los ojos apretando como si quisiera impedirle el acceso a la doctora, y vuelve a abrirlos y levanta la cabeza despacio. La doctora sigue allí.

—¿Crees que no lo entiendo? El absurdo sueño de *ser*. No parecer, sino ser. Consciente, alerta cada instante. Y al mismo tiempo, el abismo entre lo que eres ante los demás y lo que eres ante ti misma. La sensación de vértigo y la sed constante del desenmascaramiento. De verte por fin descubierta, reducida, quizá aniquilada. Cada tono una mentira y una traición. Cada gesto una falsificación. Cada sonrisa una mueca: el papel de esposa, el papel de colega, el papel de madre, el papel de amante, ¿cuál de ellos es el peor? ¿Cuál te ha causado más tormento? Representar a la actriz de rostro interesante. Mantener unidas todas las piezas con mano de hierro y lograr que encajen. ¿Qué falló? ¿Dónde fracasaste? ¿Fue el papel de madre el que te destrozó? Porque el de *Electra* no fue, desde luego. Ahí estabas tranquila. Ella incluso te ayudó a aguantar un poco más. Fue una excusa que te permitió interpretar los otros papeles (los de la realidad) de un modo menos exhaustivo. Pero después, cuando se acabó *Electra*, no te quedaba nada tras lo que esconderte, nada que te mantuviese en pie. Ninguna excusa. Y ahí estabas entonces, con tu tedio y tus exigencias de verdad. Quitarse la vida. No, es demasiado espantoso, eso no lo harías. Pero sí puedes quedarte inmóvil. Puedes enmudecer. Así no mientes. Puedes amurallarte, encerrarte. Así no tienes que representar ningún papel, mostrar un rostro, exhibir gestos falsos. O eso crees. Pero la realidad es un incordio. Tu escondite no es lo bastante hermético. Por todas partes se filtran signos de vida. Y te ves obligada a reaccionar. Nadie pregunta si es auténtico o falso, si eres verdadera o mendaz. Esa cuestión importa sólo en el teatro. Y ni siquiera ahí, por cierto. Elisabet, yo comprendo que calles, que permanezcas inmóvil, que hayas incorporado la apatía a un sistema fantástico. Lo comprendo y lo admiro. Y opino que deberías seguir con ese papel, hasta que lo sientas carente de interés, agotado en su representación, y puedas dejarlo al igual que, poco a poco, vas dejando tus otros papeles.

**L**a cinta carraspea apremiante en el proyector. Va a una velocidad considerable. Veinticuatro fotogramas por segundo, veintisiete largos metros por minuto. Las sombras se deslizan por la pared blanca. Desde luego que es magia; pero una magia de una sobriedad y una crueldad insólitas. Nada puede modificarse, imposible deshacer lo hecho. Todo se abre paso retumbando una y otra vez, siempre con la misma apetencia fría e inmutable. Coloquen un cristal rojo ante el objetivo, las sombras se volverán rojas pero ¿de qué sirve? Carguen la película en sentido inverso, o del revés, el resultado no se apartará demasiado del originario.

Sólo existe *una* modificación radical. Corten el interruptor, apaguen el sibilante arco de luz, rebobinen la película, guárdenla en su funda y olviden.

**H**acia el final del verano, la señora Vogler y la enfermera Alma se mudan a la casa de la doctora. Se encuentra algo apartada y da al norte, a una alargada porción de playa frente al mar abierto, y al oeste, a una cala rocosa y escarpada. Detrás de la casa se extiende un brezal y más allá el bosque.

La estancia cerca del mar resulta especialmente beneficiosa para la señora Vogler. La apatía que la tenía paralizada mientras estuvo en el hospital empieza a ceder y poco a poco sale a dar largos paseos y a pescar, cocina, escribe cartas, entre otras distracciones. Hay periodos, no obstante, en los que vuelve a caer en una honda melancolía, un tormento inmutable. Y entonces se queda estática, letárgica, casi extinguida.

Alma está encantada con su retiro rural y cuida a su paciente con un esmero indecible. Se muestra atenta en todo momento y le hace llegar a la doctora informes largos y detallados.

**U**n episodio: Están sentadas juntas ante la gran mesa blanca del jardín. Alma está limpiando setas y la señora Vogler intenta clasificar las más curiosas con la ayuda de un catálogo. Se hallan una junto a otra, ambas expuestas al viento de un día soleado. Es a primera hora de la tarde. El mar se estremece a la luz del sol.

La señora Vogler le coge la muñeca a Alma y empieza a escrutar la palma de su mano, coloca al lado la suya, las compara.

Alma retira la mano entre risas.

—Comparar las manos trae mala suerte, ¿no lo sabías?

**O**tro episodio: Un día sereno de intensa luz estival. Han salido al mar con la lancha, apagan el motor y se tumban a tomar el sol, cada una con un libro. Alma interrumpe el silencio y reclama la atención de la señora Vogler:

—¿Puedo leer en voz alta un fragmento de mi libro? Si no te molesto. Verás, dice lo siguiente: «Todo el desasosiego que llevamos dentro, nuestros sueños frustrados, la crueldad inexplicable, la angustia que nos provoca la extinción, la dolorosa conciencia de nuestra condición mortal han ido paulatinamente convirtiendo en cristal nuestra esperanza de salvación después de esta vida. El alarido inaudito que nuestra fe y nuestra duda lanzan a la oscuridad y al silencio son una de las pruebas más atroces de nuestro desamparo, de lo que, con horror, sabemos pero no expresamos».

**E**s temprano, por la mañana, y la lluvia repiquetea contra los cristales de las ventanas. Las ráfagas de viento se abalanzan embistiendo con fuerza y resonando entre las rocas de la bahía.

Ambas mujeres están sentadas a la mesa que hay junto a la ventana, ocupadas en hacerse la manicura.

—Yo debería cambiar. No creo que, por ese motivo, me convirtiese en una persona menos normal, pero hay muchos aspectos de mí misma con los que estoy descontenta.

Lanza una mirada fugaz a Elisabet, que está concentrada en la uña del dedo anular.

—Eso sí. Me encuentro muy a gusto en mi trabajo. Desde que era pequeña, nunca soñé con ser otra cosa. Lo que más me gustaría es llegar a ser enfermera de quirófano. Es interesantísimo. Empezaré un curso esta primavera.

Alma se interrumpe. Claro, esto no puede resultar interesante. Sin embargo, se da cuenta de que Elisabet Vogler la mira con atención. Se siente algo avergonzada pero, al mismo tiempo, más valiente.

—Cambiar, sí. Mi peor defecto es que soy muy perezosa. Y luego tengo remordimientos por ser tan perezosa. Karl-Henrik siempre anda censurándome por no tener auténtica ambición. Dice que me paso la vida como una sonámbula. Pero a mí me parece que es injusto. Yo obtuve las mejores calificaciones finales de toda mi clase. Claro que, seguramente, él se refiere a otra cosa.

Alma sonrío y extiende el brazo en busca del termo de café que está en la mesa. Le sirve a la señora Vogler y luego llena su taza.

—¿Sabes?, yo tengo un deseo. En el hospital donde hice las prácticas hay una residencia para enfermeras jubiladas. Mujeres que han sido enfermeras toda su vida y que no han vivido más que para su trabajo; siempre con el uniforme puesto. Se alojan allí, en habitaciones minúsculas, y viven y mueren cerca del hospital donde trabajaron. Figúrate, tener una fe tan profunda en algo como para dedicarle toda tu vida.

Toma un sorbo del café solo muy cargado.

La señora Elisabet ha extendido los brazos sobre la mesa y está ligeramente inclinada hacia delante. Tiene la mirada abiertamente fija en el rostro de Alma. A ella le resulta tentador, indignante.

—Tener algo en lo que creer. Llevar a cabo algo, poder pensar que la vida de uno tiene sentido. Eso es lo que a mí me gusta. Mantenerse fiel a algo de forma inquebrantable, pase lo que pase. Eso es lo que pienso que hay que hacer. Significar algo para otras personas. ¿No opinas como yo?

—Desde luego, suena infantil. Pero yo creo en ello. Si uno no... Uno tiene que *saber*. Sobre todo, si no tienes religión.

Alma cambia el tono, se aparta el cabello de la frente y se retrepa en la silla, mira por la ventana, se dice más o menos: «Me da igual lo que piense esta actriz. Está claro que no opina como yo».

—¡Qué tormenta más espantosa!

Más tarde, ese mismo día. La lluvia y la tormenta han amainado levemente. Las dos mujeres acaban de almorzar y ahora están sentadas en sendos taburetes altos, cada una a un lado de una barra de bar fija a la pared.

—Estaba casado. Mantuvimos una relación durante cinco años. Después, se cansó. Pero yo estaba profundamente enamorada. Sí, lo estaba. Además, fue el primero. Y lo *recuerdo* todo como un tormento. Largos periodos de tortura, y luego, breves espacios de tiempo que...

Alma no sabe qué palabra emplear. Fuma con cierta torpeza y con ansia.

—Di en pensar en ello ahora que me has enseñado a fumar. Él fumaba muchísimo. Ahora, al recordarlo como algo ya pasado, claro que fue banal. Una verdadera novela barata, ya sabes.

Mira vacilante a Elisabet, que fuma escuchando con serenidad expectante.

—En cierto modo, nunca fue del todo real. No sé cómo explicarlo. En cualquier caso, yo nunca fui verdaderamente real para *él*. Mi sufrimiento seguro que sí era real. Sí que lo era. Pero yo pensaba que iba implícito en cierto modo, en cierto modo repugnante. Tenía que ser así. *Incluso todo aquello que nos decíamos el uno al otro.*

Ya es primera hora de la tarde. Una calma pesada, gris, húmeda, tan sólo el rugido del oleaje contra el rompiente y el tintineo de las gotas que caen del tejado y de los árboles. En algún lugar hay una ventana abierta que da paso a un aroma frío a algas y sal, madera empapada y enebros inundados de lluvia. Han encendido el fuego en la chimenea de la alcoba y se han acomodado las dos en la cama de Elisabet, cada una con una manta sobre las piernas. Ambas tienen a mano una copa de jerez. Alma ha bebido bastante. Elisabet Vogler sigue expresamente atenta. Alerta a cada tono de

voz, observando cada movimiento. Alma va volviéndose menos consciente, más dispersa, tentada y desconcertada ante el hecho de que alguien (por primera vez en su vida) se interese precisamente por ella. Y empieza a hablar a un ritmo más acelerado:

—Todo el mundo dice que sé escuchar, que soy buena oyente. Curioso, ¿no? Quiero decir que nadie se ha preocupado nunca de escucharme a mí. Quiero decir, como tú lo estás haciendo ahora. Tú sí me escuchas. Y pareces amable. Creo que eres la primera persona que me ha escuchado en mi vida. Y mi conversación no puede ser tan interesante, ¿verdad? Aun así, ahí estás. Cuando podías estar leyendo un buen libro. Increíble, ¿no paro de hablar! Espero que no te moleste. Es muy agradable poder hablar.

Elisabet Vogler niega con la cabeza y sonrío con dulzura, sus mejillas se han sonrojado levemente.

—En fin, ahora siento que todo es cálido y dulce, lo siento y me encuentro en un estado que no se parece a ninguno que haya sentido antes en la vida.

Guarda silencio y ríe. Elisabet ríe también y le acaricia la mejilla con un gesto fraternal. Alma bebe un trago de su copa.

—Yo siempre deseé tener una hermana. Pero lo único que tengo es una cantidad bestial de hermanos. Siete, nada menos. Ya te puedes imaginar lo raro que es. Y yo vine de rebote. Siempre me he visto rodeada de chicos, hasta donde me alcanza la memoria. Pero siempre fue divertido. A mí me gustan los chicos.

De pronto, se vuelve misteriosa, estalla de ganas de contar... curiosidades ocultas.

—Todo eso lo sabes tú por experiencia propia, claro, tú que has vivido tanto y que eres actriz. ¿No es cierto?

Elisabet Vogler la mira con extrañeza.

—Yo le tengo mucho cariño a Karl-Henrik y, bueno, ya sabes, amar, lo que se dice amar, sólo se ama una vez, quizá. Pero, por supuesto, le soy fiel. Desde luego, en nuestra profesión hay siempre alguna que otra posibilidad, que lo sepas. Pero no fue así como ocurrió.

Vuelve a reflexionar un instante, sirve más jerez en su copa y en la de Elisabet, vuelve a retrepase contra la pared y lanza un suspiro, se retira el pelo de la frente.

—Fue el verano pasado. Karl-Henrik y yo pasábamos las vacaciones juntos. Era el mes de junio y estábamos los dos solos. Un día, él fue a la ciudad y, como hacía sol, bajé a la playa. Cuando llegué, había otra chica tomando el sol. Vivía en una isla

cercana y había llegado en canoa hasta nuestra playa porque daba al sur y resultaba mucho más discreta, ya sabes.

Elisabet asiente, indicándole que comprende. Alma lo constata con una sonrisa fugaz y casi avergonzada. Deja la copa en la mesilla de noche. Vuelve a retirarse de la frente un mechón imaginario.

—Así que nos tumbamos allí a tomar el sol desnudas por completo y de vez en cuando nos adormilábamos o nos poníamos crema solar. Teníamos la cara cubierta con una pabela de paja, ya sabes, de esas grandes y baratas. La mía tenía una cinta azul. Yo miraba a veces a través de la pabela y veía el paisaje y el mar y el sol. Era tan raro, ¿sabes? En una de esas ocasiones, de pronto, vi dos figuras que saltaban sobre las rocas, por encima de donde estábamos nosotras. De vez en cuando se escondían y oteaban desde detrás de las piedras. «Ahí hay dos chicos que nos están espionando», le dije a la muchacha. Se llamaba Katarina. «Déjalos que miren», respondió ella poniéndose boca arriba. Era una sensación tan extraña. Yo quería levantarme y ponerme el albornoz, pero me quedé allí tumbada boca abajo, con el trasero al aire sin la menor vergüenza, con total tranquilidad, vamos.

Y en todo momento tenía allí a mi lado a Katarina, sus pechos pequeños y sus muslos gruesos y el vello abundante de su pubis. Katarina no se movía lo más mínimo y soltaba una risita de vez en cuando. Vi que los chicos se aproximaban. Ahora ya sin el menor reparo. Nos observaban sin intención alguna de esconderse. Los dos eran muy jóvenes, unos dieciséis años, pensé.

Alma enciende un cigarrillo. Le tiembla la mano y aspira el humo ansiosamente. Elisabet Vogler se mantiene estática, casi anulada, niega con la cabeza cuando Alma le ofrece un cigarrillo.

—Uno de los chicos, el más atrevido, se nos acercó y se acuclilló al lado de Katarina. Iba descalzo y fingió entretenerse con su propio pie, quitándose la arena de entre los dedos. Yo empecé a sentirme totalmente mojada, pero me quedé inmóvil boca abajo, con las manos bajo la cara y la pabela sobre la cabeza. Entonces le oí decir a Katarina: «¿No vas a venir aquí un rato?». Y le cogió la mano al chico, lo atrajo hacia sí y le ayudó a quitarse los vaqueros y la camisa.

De pronto, lo vi encima de ella, que lo iba guiando con las dos manos sobre sus nalgas fibrosas y prietas. El otro chico estaba en la pendiente, mirando. Katarina reía y le susurraba al chico al oído. Yo tenía su cara roja y como hinchada casi pegada a la mía. Entonces me di la vuelta y le pregunté: «¿Y por qué no vienes conmigo también?». Katarina se echó a reír y dijo: «Ahora con ella». Así que él se salió de ella y cayó sobre mí pesadamente y me agarró un pecho tan fuerte que se me escapó una queja, porque me hizo daño y yo estaba prácticamente lista, no sé cómo, y me vino casi enseguida, ¿te imaginas? Estaba a punto de decirle ten cuidado, no sea que me

quede embarazada cuando se corrió y supe que jamás lo había sentido así en toda mi vida, ni antes ni después, sentí cómo inyectaba su semen dentro de mí. Él se agarraba a mis hombros y se echó hacia atrás y tuve la sensación de que no iba a acabar nunca. Era una cosa ardiente, muy ardiente, que venía una y otra vez. Katarina estaba tumbada de costado y nos miraba y le tenía cogido el escroto por detrás y, cuando él terminó conmigo, ella se lo hizo con la mano de él. Y cuando se corrió, lanzó un grito penetrante. Entonces nos echamos a reír los tres y llamamos al otro chico, Peter. Él bajó despacio por la cuesta, totalmente desconcertado y parecía tener frío, a pesar del sol. No tendría más de trece o catorce años, comprendimos al verlo de cerca. Katarina le desabotonó los pantalones y empezó a jugar con él, y él se quedó sentado, muy serio y muy quieto, mientras ella lo acariciaba hasta que se derramó en la boca de Katarina. El chico empezó a besarle la espalda, ella se volvió hacia él, le cogió la cabeza y le ofreció su pecho. El otro chico se excitó tanto que él y yo empezamos otra vez. Fue muy rápido y tan bueno como la vez anterior. Luego nos bañamos y después nos despedimos. Cuando llegué a casa, Karl-Henrik ya había vuelto de la ciudad. Cenamos y bebimos del vino que había comprado en el centro. Luego nos acostamos. Nunca lo hicimos igual de bien, ni antes ni después...

Ha caído la noche. La lluvia y la tormenta han cesado. Las olas se mecen allá abajo, en la playa rocosa. Por lo demás, silencio. El faro está encendido y hace girar su brazo de luz sobre el páramo.

—Y me quedé embarazada, claro. Karl-Henrik, que estudia medicina, me llevó a un buen amigo suyo que me practicó un aborto. Ambos nos sentimos bastante satisfechos con que fuese tan sencillo. Ninguno de los dos queríamos tener hijos. Al menos, no entonces.

De repente, Alma rompe a llorar, con sollozos desesperados, complaciéndose en su llanto. Elisabet Vogler posa su ancha mano sobre la de ella. Alma suspira, intenta articular palabra pero abandona cada nuevo intento de formular su pensamiento.

—No puede ser, nada tiene sentido, a poco que lo pienses. Y esos remordimientos por cosas sin importancia. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Puede una ser personas totalmente distintas, una al lado de la otra, simultáneamente? ¿Y qué pasa con todos los propósitos que una se hace? ¿Acaso eso no tiene la menor importancia? ¡Dios mío, esto es ridículo! O al menos, nada por lo que ponerse a llorar, desde luego. Espera, tengo que sonarme la nariz.

Alma se suena, se seca las lágrimas, mira a su alrededor, ríe una risa miserable, forzada.

—Y ya es de noche. Pensar que no he parado de hablar como una cotorra. Llevo todo el día hablando de mí, y tú escuchando. ¡Menudo aburrimiento! ¿Cómo iba a

interesarte a ti mi vida? Me gustaría ser como tú.

Elisabet sonrío sorprendida. Alma se aclara la garganta. Le cuesta ordenar sus pensamientos y, además, está terriblemente cansada y alterada.

—La noche que fui a ver tu película, me coloqué ante el espejo y me dije: «Pues nos parecemos bastante» (se ríe). Bueno, no me malinterpretes. Tú eres mucho más guapa. Pero nos parecemos, en cierto modo. Y seguro que yo podría transformarme en ti. Si hago un esfuerzo. Quiero decir, por dentro. ¿No crees?

Reflexiona confusa. Con un leve gesto sombrío y un punto de desolación en la voz.

—Y para ti no entrañaría ningún misterio convertirte en mí. Lo harías como si tal cosa. Claro que tu espíritu rebosaría por todas partes, porque es demasiado grande para estar encerrado en mí. Sería de lo más extraño.

Alma descansa la cabeza pesadamente y extiende los brazos. Cierra los ojos y bosteza.

—Deberías irte a la cama ahora mismo. Si no, te dormirás en la mesa —le dice la señora Vogler con voz clara y serena.

Alma no reacciona enseguida, hasta que, poco a poco, comprende que Elisabet le ha hablado. Se incorpora y se queda mirando al mar, incapaz de pronunciar una palabra.

—En fin, me voy a la cama ahora mismo. Si no, me quedaré dormida en la mesa. Sería de lo más incómodo.

Por la noche, Alma vive una experiencia extraña. Las primeras horas duerme un sueño tranquilo, pero luego despierta con muchas ganas de orinar. Empieza a clarear y las gaviotas lanzan chillidos agudos y terribles desde la bahía. Sale de puntillas a la escalinata, tuerce la esquina y se mete detrás de unos enebros. Allí se agacha y orina largo rato y con fruición, aún más dormida que despierta. Una vez dentro, se estremece de frío y se siente un tanto mareada, pero enseguida vuelve a dominarla el sueño.

La despierta el ruido de alguien moviéndose por la habitación. Es una figura blanca que parece flotar silenciosa de un lado a otro, junto a la puerta. En un primer momento, Alma siente miedo, pero enseguida descubre que se trata de Elisabet, que ha ido a su habitación.

Por alguna razón, Alma se abstiene de decir nada. Permanece inmóvil con los ojos entrecerrados. Poco a poco, Elisabet se acerca a su cama, vestida con un largo camisón blanco y una pequeña rebeca de punto. Se inclina sobre Alma. Le acaricia la mejilla con los labios. Su larga cabellera le cae sobre la frente y envuelve los rostros de las dos mujeres.

**L**a mañana siguiente, las dos salen a reparar redes, una tarea de la que ambas disfrutaban.

—Oye, Elisabet.

—¿?

—Quería hacerte una pregunta. ¿Me dijiste algo anoche, antes de acostarme?

Elisabet sonríe y niega con la cabeza.

—¿Y estuviste en mi habitación anoche?

Elisabet sigue sonriendo y vuelve a negar con un gesto. Alma hunde la cabeza en las redes.

La enfermera Alma va conduciendo despacio el viejo turismo. Avanza por una carretera comarcal ensortijada y llena de baches. Se dirige al centro del pueblo, a la estafeta de correos, para enviar unas cartas. Una de ellas es de la señora Vogler para la doctora. Es la primera del montón que lleva en el asiento del acompañante, con el reverso hacia arriba.

Alma se da cuenta de que el sobre no está pegado. Toma un pequeño desvío, detiene el coche, saca las gafas del bolso y abre la carta.

### LA CARTA

Querida, así quisiera vivir siempre. Guardar silencio, vivir apartada, reducir las necesidades, sentir que el alma maltrecha se va reparando. Empiezo a recuperar sensaciones elementales, aunque olvidadas; me refiero a cosas tan sencillas como el hambre voraz antes de la cena, la infantil somnolencia de media tarde, la curiosidad que despierta en mí una gran araña, el placer de andar descalza. Voy ingenua, con la mente limpia, como flotando en un dulce duermevela. Me siento sana de una manera distinta, siento un entusiasmo desmesurado. Me veo rodeada de mar y voy meciéndome como un feto en el vientre materno. Pero tampoco echo de menos a mi hijo; claro, sé que está bien y eso me tranquiliza.

La buena de Alma supone una verdadera distracción. Me cuida, me mimas del modo más conmovedor que puedas imaginar. Es de una sensualidad robusta, terrena, que me encanta. Se mueve con una normalidad obvia, tan estimulante como relajante para mí. Su dimensión física me infunde seguridad, por supuesto. Creo que está a gusto y que se ha encariñado conmigo, incluso se ha enamorado un poco de una forma inconsciente y tierna. Además, resulta muy divertido estudiarla. Es bastante sabihondilla, siempre anda opinando sobre cuestiones de moral y de conducta. En suma, es un tanto ñoña. Yo la animo a hablar, es muy enriquecedor. A veces llora por antiguos pecados (una especie de episodio orgiástico con un adolescente desconocido, seguido de un aborto). Se lamenta de que sus ideas sobre la vida no coincidan con sus acciones.

En cualquier caso, confía en mí y me lo cuenta todo sobre sí misma, sea importante o no. Como ves, engullo todo lo que está a mi alcance y, mientras ella no note nada, no importa...

Alma ha ido leyendo despacio, a trompicones, interrumpiéndose y deteniéndose bastante entre párrafo y párrafo. Ha salido del coche, ha recorrido unos metros caminando, se sienta en una piedra y vuelve a caminar.

Semejante traición.

Vuelve tarde y aduce que se le ha estropeado el coche por el camino y que se vio obligada a buscar un taller.

Una mañana de otoño, pero hace un calor estival y el cielo está despejado. La luz baña el empedrado de la terraza y la basta gravilla del paseo hasta la playa. La enfermera Alma se despierta temprano, según su costumbre (su habitación da al este). Se dirige a la cocina, se prepara un zumo de naranja, toma el vaso en la mano derecha y sale descalza y con paso silencioso a la terraza, bajo los destellos de la luz. Se sienta en el último peldaño de la escalinata y empieza a tomarse el zumo despacio mientras contempla los reflejos del sol sobre el espejo del agua.

Deja el vaso vacío a su lado pero, al ir a sacar las gafas del bolsillo del albornoz, lo vuelca sin querer. Los fragmentos se esparcen por la escalera y sobre la grava.

Alma queda paralizada en un movimiento de indignación. Se levanta refunfuñando y va en busca de un cepillo y un recogedor para barrer los numerosos pedazos, lo hace a conciencia, meticulosamente. Se agacha, recoge algunos fragmentos con la mano, mira alrededor, todo parece limpio, vacía el recogedor en el cubo de la basura. Vuelve al escalón, enciende un cigarrillo, y con las gafas de sol puestas, contempla los insectos que se arrastran por el camino de grava.

Entonces descubre un trozo de cristal bien grande e irregular brillando entre las chinias. Es una porción de la base del vaso, cuya punta afilada sobresale hacia arriba. Extiende el brazo para cogerlo, pero detiene a medio camino el movimiento de su mano.

Oye a la señora Vogler en el interior de la casa.

Tras reflexionar un instante, coge una revista, se pone los zuecos, abre una de las tumbonas plegables de la terraza. La punta del cristal queda a unos metros a su derecha. La entrevé a su lado. Se pone a hojear la revista, que está aceitosa de la crema solar y contiene suplementos a color.

Elisabet Vogler sale a la escalinata con el desayuno en una pequeña bandeja. Lleva bañador y una chaqueta corta, va con las piernas desnudas, descalza. Deja la bandeja en la mesa del jardín y camina por la grava en distintas direcciones, primero para ir a coger una tumbona, luego para colocar el rastrillo contra la pared.

Sus pies pasan constantemente junto a la punta del cristal.

Hasta que se sienta con el café y un libro. Hay un silencio absoluto.

La enfermera Alma se levanta y va a su cuarto para ponerse el bañador.

Cuando vuelve a salir, ve a Elisabet inclinada en la escalera, extrayéndose el cristal de la planta del pie izquierdo. La sangre sale a borbotones de la profunda herida.

Alma se queda quieta un instante captando la escena, le sostiene la mirada a la señora Vogler sin pestañear.

Una mañana soleada y fría. Elisabet Vogler va de habitación en habitación buscando a la enfermera Alma. No la encuentra por ninguna parte. Baja a la playa. Nadie. Sube y va al garaje. El coche sigue allí. Se oyen crujidos como lamentos entre los árboles, las sombras de las nubes sobrevuelan el musgo. Sopla viento del norte y el oleaje brama en la bahía.

Cuando vuelve a la terraza, ve a Alma con la espalda apoyada en la pared, mirando al mar.

Elisabet se le acerca. Alma vuelve la cabeza, lleva puestas las gafas de sol.

—¿Has visto mis nuevas gafas de sol? Las compré ayer en el pueblo.

Elisabet entra en la casa a buscar la rebeca y el libro. Vuelve a salir. Al pasar delante de Alma, le acaricia ligeramente la mejilla. Alma la deja, sigue con la espalda contra la pared. Elisabet se sienta en el gran sillón de mimbre.

—Veo que estás leyendo una obra de teatro. Informaré de ello a la doctora. Es un síntoma de mejoría.

Elisabet alza la vista y la mira inquisitiva. Luego, vuelve a su lectura.

—Deberíamos pensar en irnos pronto. Ya empiezo a añorar la ciudad. ¿Tú no, Elisabet?

Elisabet niega con la cabeza.

—¿Me harías un gran favor? Ya sé que supone un sacrificio, pero en estos momentos necesito que me ayudes.

Elisabet levanta la vista del libro. Al oír el tono de voz de Alma, durante un segundo, un destello de temor asoma a sus ojos.

—¡No es nada peligroso! Pero es que me gustaría *que me hablaras*. No tiene que ser nada excepcional. Podemos charlar del tiempo, por ejemplo. O sobre lo que vamos a cenar o de si el agua estará fría después de la tormenta. Tanto como para que sea imposible bañarse. ¿No podríamos hablar unos minutos? O sólo un minuto. O me lees en voz alta un pasaje del libro, o sólo que me digas un par de palabras.

Alma sigue con la espalda apoyada en la pared, la cabeza hacia delante, las gafas de sol negras encajadas en la nariz.

—No es fácil vivir con alguien que guarda silencio todo el tiempo, te lo digo yo. Eso afecta a tantas otras cosas... Ya no soporto la voz de Karl-Henrik al teléfono.

Suena tan falso y tan artificial. Ya no puedo hablar con él. Resulta antinatural. Además, oigo mi propia voz y *¡ninguna otra!* Y pienso: qué falsa me oigo. Tantas palabras como utilizo. ¿Ves?, ya estoy otra vez hablando sin parar, pero hablar me hace sufrir, porque, aunque hable, no puedo decir lo que quiero. Tú te lo has puesto fácil. Tú callas y ya está. A ver, no quiero enfadarme. Tú callas y eso es, en rigor, decisión tuya. Pero es que ahora *necesito* que me hables. Por favor, ¿no puedes hablarme un poco? Es prácticamente insoportable.

Una larga pausa. Elisabet niega sin rechistar. Alma sonrío. Como esforzándose por contener el llanto.

—Sabía que dirías que no. Porque tú no sabes cómo me siento. Siempre pensé que los grandes artistas sabían vivir los sentimientos de los demás. Que creaban a partir de la empatía, movidos por la necesidad de ayudar. Qué estupidez por mi parte.

Se quita las gafas y se las guarda en el bolsillo. Elisabet sigue sentada, angustiada, inmóvil.

—Usar y tirar. Me has utilizado: ignoro para qué, pero ahora ya no me necesitas y por eso me tiras.

Alma está a punto de entrar en la casa, pero se detiene en el umbral y deja escapar un gemido amortiguado de desesperación.

—Claro que sí. Lo oigo perfectamente, oigo perfectamente lo falso que suena: «Ya no me necesitas y por eso me tiras». Así ha sonado. Cada palabra. ¡Y estas gafas!

Saca las gafas del bolsillo y las arroja contra el suelo de la terraza. Luego, se deja caer sobre el empedrado.

—Bah, me siento herida, eso es todo. Loca de dolor y de decepción. Me has hecho tanto daño. Te has reído de mí a mis espaldas. Eres una bruja, una maldita bruja. Habría que matar a la gente como tú. No eres normal. ¿Y si te digo que he leído la carta que le escribiste a la doctora? La carta en la que te burlas de mí. Pues sí, lo hice, porque no estaba cerrada y aquí la tengo; la leí muy bien, créeme. Me hiciste hablar. Me hiciste contarte cosas que no le había contado a nadie. Y vas y lo divulgas. Vaya objeto de estudio, ¿no? ¡Tú no puedes...! Simplemente no puedes.

De repente, se le acerca corriendo, agarra a Elisabet por los hombros y empieza a zarandearla.

—Ahora vas a hablar. ¿Tienes algo que...?... ¡Tienes que hablar ya, maldita sea! ¡Que me hables te digo!

Elisabet se libera con una fuerza sorprendente y golpea a Alma en la cara con el

dorso de la mano. Es tal la bofetada, que Alma se tambalea y está a punto de caer de espaldas. Pero recupera el equilibrio y le escupe a Elisabet. Esta vuelve a abofetearla, pero en la boca. Alma empieza a sangrar enseguida, mira a su alrededor. En la mesa hay un termo. Lo coge, le quita el tapón y arroja el agua hirviendo sobre Elisabet.

—¡No, no lo hagas! —grita Elisabet haciéndose a un lado.

Alma se detiene, su ira se transforma, permanece inmóvil unos segundos, mirando a Elisabet que se ha agachado y está recogiendo los restos del termo estrellado contra el suelo. Alma sangra por la boca y por la nariz. Se pasa la mano por la cara, tiene un aspecto horrible.

—Vaya, ahora sí que te has asustado, ¿verdad? Puede que, por unos segundos, hayas sido totalmente auténtica. Un miedo pánico auténtico, ¿eh? Habrás pensado «Alma se ha vuelto loca». ¿Qué clase de persona eres, en realidad? O seguramente sólo has pensado: «No olvidaré esa cara. Ni esa expresión, ni ese tono de voz». Te vas a enterar, verás como no me olvidas.

Alma extiende el brazo con una rapidez inaudita y le araña la cara a Elisabet. Entonces ocurre algo extraordinario. La actriz rompe a reír.

—¡Eso, tú ríete! Para mí no es tan fácil. Ni tan divertido. Tú siempre puedes recurrir a la risa.

Alma va al cuarto de baño y se lava la cara con agua fría. Poco a poco, va dejando de sangrar. Se pone un poco de algodón en la nariz. Se peina y se siente muerta de cansancio, no para de bostezar.

Cuando vuelve a la cocina, Elisabet está bebiendo café de una gran taza. Se la ofrece a Alma, que da unos tragos con avidez. Las dos mujeres se ponen a trajinar en la cocina.

Alma le coge la muñeca a Elisabet para que deje lo que está haciendo.

—¿Por qué tiene que ser así? ¿Es *importante* no mentir, decir la verdad, que el tono sea sincero? ¿Es necesario? ¿Acaso es posible vivir sin hablar de vez en cuando? Sin decir tonterías, sin excusarse, sin mentir, sin andar con evasivas. Sé que tú has optado por callar porque estás cansada de todos tus papeles, de todo aquello que dominabas a la perfección. Pero ¿no es mejor permitirse ser estúpido e indolente y charlatán y mentiroso? ¿No crees que podemos ser algo mejores si nos permitimos ser como somos?

Elisabet sonrío un tanto irónica.

—No. Seguro que ni siquiera comprendes a qué me refiero. Un ser como tú es inaccesible. La doctora me dijo que estabas psíquicamente sana. Pero ahora me

pregunto si no será tu locura la peor de todas. Tú *representas el papel* de una persona sana. Y lo haces con tanta habilidad, que todos te creen. Todos menos yo. Porque yo sé lo podrida que estás.

Alma se va de la cocina y sale a la terraza. El sol brilla al sur con tal intensidad que le hiere los ojos anegados de lágrimas. Está fumando, se estremece al claro aire frío de la tarde.

—Dios, qué manera de comportarme —susurra para sí.

Entonces ve que Elisabet se dirige a la playa a grandes pasos decididos. Alma tira el cigarro y pisa la colilla. Grita: «¡Elisabet, espera!». Y sale corriendo tras ella, le da alcance y va caminando a su lado.

—Elisabet, perdóname si puedes. Me he comportado como una idiota. Estoy aquí para ayudarte. No sé qué me ha pasado. Tú haces que me comporte como una idiota. Tienes que perdonarme. Pero es por culpa de esa horrible carta.

Claro que bien mirado, ¡yo podría haber escrito una carta igual de horrible sobre ti! Es que me sentí tan decepcionada. Y tú me pediste que te hablara de mí. Y además, yo había bebido un montón y tú eras tan amable, parecías tan amable y tan comprensiva y me hizo tanto bien poder contarle todo. Además, supongo que me sentí un poco halagada al ver que una gran actriz como tú se interesaba por mí. Y, de alguna manera, deseaba que lo que yo te contara te sirviese de algo. ¿Te das cuenta de lo rara que soy? Es puro exhibicionismo. Pero no era eso lo que quería decirte. Elisabet, tienes que perdonarme como sea. Porque yo te tengo tanto cariño y has significado tanto para mí. Me has enseñado tantas cosas... Y no quiero que nos enemistemos, ¿comprendes?

Alma deja de caminar para que Elisabet se detenga, pero ella sigue sin más y se pierde entre las rocas de la playa. Alma grita su nombre, fuera de sí.

—¡No, claro! ¡No quieres perdonar! ¡No quieres perdonarme! Además eres una orgullosa. Y no piensas rebajarte, porque no es necesario. No pienso hacerlo... No, no pienso hacerlo.

Grita colérica, oye su propia voz, su indignación y su tono lisonjero, se lamenta débilmente, atormentada. Se sienta sobre una piedra y deja que el viento frío le traspase el alma, se va llenando del peso del mar.

**A**lma vuelve a la casa.

Ya ha caído la tarde, el sol se ha ocultado en una densa niebla y el mar guarda silencio. Una fría bruma se cierne sobre la costa. Se oye a lo lejos el lamento de las sirenas.

Alma se encuentra abrumada por un burdo deseo de venganza y una angustia impotente, se siente extenuada, mareada, y se acuesta sin cenar.

Tras varias horas de sueño profundo, se despierta con la sensación de estar paralizada; una rigidez que se le adentra hacia los pulmones y va buscando el corazón. La niebla se desliza como un arco por la ventana abierta y la habitación flota en una semipenumbra gris.

Consigue alzar la mano hasta la lámpara, pero ésta no se enciende.

El pequeño aparato de radio emite sonidos guturales, se oye un carraspeo de fondo y una voz débil y lejana.

... pero si no habla, no escucha, no es capaz de entender... qué medios debe... utilizar para ser capaz de escuchar. Prácticamente... Descartado. Esos gritos constantes...

La voz cesa en medio de una ruidosa interferencia. Se hace el silencio y ya sólo se oyen las sirenas, a una distancia infinita.

Súbitamente, unos gritos. Una voz de hombre: ¡Elisabet!

Alma consigue bajarse de la cama, cierra la ventana, recorre el pasillo hacia la habitación de Elisabet.

Allí se encuentra con la misma luz grisácea indefinida.

Elisabet está boca arriba en la cama. Está pálida y tiene ojeras, su respiración es apenas perceptible. La boca entreabierta, como la de un muerto.

Alma se inclina sobre ella, le toca el cuello y la frente y le toma el pulso. Es débil, pero regular.

Acerca tanto la boca a la cara de Elisabet que sus labios sienten el aliento de la mujer dormida. Le toca la barbilla con delicadeza, le cierra la boca con la mano.

—Cuando duermes tienes la cara flácida y la boca hinchada y fea. Y se te forma una arruga de maldad en la frente. Pronto no quedará nada que sea secreto. Ahora no hay brillo en tus ojos... ahora no eres más que un trozo de carne abandonado. Hueles a sueño y a llanto y hasta veo el pulso latir en tu garganta y una pequeña cicatriz, vestigio de una operación, que sueles disimular con el maquillaje. Ahí está, llamando otra vez. Voy a ver para qué ha venido a buscarnos aquí, tan lejos, en esta soledad nuestra.

Alma deja a Elisabet dormida y va buscando por las habitaciones. Se dirige a la parte trasera de la casa, donde está el jardín.

Oye una voz a su espalda y se da la vuelta con una sensación de remordimiento. Ve a un hombre corpulento de unos cincuenta años de edad que le sonrío torpemente.

—Perdona si te he asustado.

—Yo no soy Elisabet.

Alma entrevé una figura detrás del hombre. Es la señora Vogler, que la observa con una escueta sonrisa irónica.

—El límite más extremo del dolor... mis cartas... Tantas palabras... yo no vengo a exigirte nada...

El hombre sigue turbado. Alma empieza a sentir una creciente y sorda angustia ante un desnudo tan humillante. Y la sonrisa misteriosa y permanente de la señora Vogler entre las sombras. El hombre le pone la mano en el hombro.

—No he querido molestarte, ¿crees que no te entiendo? Y la doctora ya me ha explicado alguna que otra cosa. (El hombre sonrío melancólico). Lo más difícil es explicárselo al pequeño, a tu hijo. Pero hago lo que puedo. Hay algo que está más hondo, que resulta difícil de atisbar.

Le dirige una mirada vacilante, débil. Tiene los labios delgados y le tiemblan ligeramente. Hace acopio de valor.

—Amas a alguien o, más bien, dices que lo amas. Eso es inteligible, tangible como palabras, quiero decir.

—Señor Vogler, yo no soy su esposa.

—Y también eres amado. Creas un núcleo común que genera seguridad, ves la posibilidad de resistir, ¿no es cierto? ¡Oh! ¿Cómo decir todo lo que tenía pensado sin extraviarme, sin aburrirte?

Alma no deja de mirar el rostro de la señora Vogler, su sonrisa. Y, de pronto, se oye a sí misma decir, con afectada ternura:

—Yo te amo tanto como antes.

—Te creo, creo lo que me dices.

Las lágrimas van aflorando a los ojos del hombre, su boca muy cerca de la de ella.

—He tenido tanta fe, siempre igual, con toda el alma, siempre igual de infantil. Nos aferramos el uno al otro, intentamos comprender, uno intenta abandonarse a sí mismo.

Pero Alma se protege con su voz afectada:

—No te angusties, querido. Nos tenemos el uno al otro. Nos tenemos confianza. Conocemos nuestros pensamientos mutuos, nos amamos. Es así, ¿verdad?

El rostro de la señora Vogler es ahora grave, casi mudo por un dolor desviado. Pero el señor Vogler continúa:

—Vernos como niños. Niños atormentados, indefensos, solos. Pero lo más importante es el esfuerzo en sí, ¿verdad? No lo que uno consigue.

El señor Vogler calla y se seca las lágrimas con un movimiento disimulado de la mano. Alma se esfuerza hasta el límite. Su voz resuena forzada, artificial:

—Dile a nuestro hijo que mamá volverá pronto, que ha estado enferma pero que echa de menos a su pequeño. No olvides comprarle un juguete. Dile que es un regalo de mi parte, no lo olvides.

—¿Sabes que siento una enorme ternura por ti, Elisabet? Casi resulta difícil de soportar. No sé qué hacer con tanta ternura.

Alma responde con un tono desgarrado.

—Yo vivo de tu ternura.

Detrás del hombre, Elisabet Vogler hace una mueca de repulsión. Ahora el hombre se inclina sobre Alma y la besa en los labios, le acaricia el pecho y le susurra palabras tiernas, suplicantes. Alma lo deja hacer, sin apartar la mirada de los grandes ojos de la señora Vogler.

Aún no han alcanzado el punto más extremo del sufrimiento:

—¿Estás a gusto conmigo? ¿Te produce placer?

—Eres un amante maravilloso. Y lo sabes, amor mío.

—Mi querida, querida Elisabet.

En ese punto, ella no lo soporta más, entonces, se rompe todo y, con la cara pegada a la suya, con la frente junto a su oreja, le susurra:

—Dame un anestésico, destrózame, no puedo, no puedo más. No me toques, es una vergüenza, todo es una vergüenza, una falsificación, mentira. Déjame, soy venenosa, un ultraje, fría y podrida. ¿Por qué no puedo extinguirme? Me falta valor.

Dice todo esto con relativo control de su tono de voz. La señora Vogler, que sigue detrás del hombre, vuelve la cara con expresión atormentada.

El señor Vogler abraza a Alma y la consuela en su regazo. Le acaricia la frente, el hombro, le aprieta el puño cerrado. Murmura sin cesar, con su voz desesperada y bronca, palabras sin sentido, que han perdido todo contenido de verdad. El hombre

mira fijamente, sin lágrimas, con las membranas de los ojos irritadas, una boca que le es extraña.

La señora Vogler vuelve el rostro hacia el público, a la oscuridad, y habla con voz oscura y casi bronca.

—Hay inflación de palabras como vacío, soledad, alienación, dolor, indefensión.

Alma está sola, con el pulso acelerado. Vuelve a la casa, entra en una habitación que no ha visto antes, una especie de porche acristalado con un candil adormecido colgado del techo. En el centro hay una mesa. Sentada a la mesa está Elisabet Vogler vestida con el uniforme de Alma.

Alma se acerca a la mesa y se sienta frente a ella. Tras un largo silencio, empieza a hablar.

—He aprendido bastante.

—... aprendido bastante —dice la señora Vogler.

Alma posa la mano derecha sobre la mesa y pone la palma hacia arriba. Elisabet la mira atenta, alza su mano izquierda y la pone extendida sobre la mesa, antes de poner la palma hacia arriba.

Lo repiten varias veces, bajo una tensión creciente. Alma siente deseos de llorar, pero se controla.

—Veamos cuánto lo resisto —dice en voz alta.

—... lo resisto —responde la señora Vogler.

Alma se araña con las uñas el brazo desnudo. Brota un estrecho canal de sangre. Elisabet se inclina y absorbe la sangre con sus labios. Alma hunde la mano en su abundante cabello y le retiene la cabeza contra el brazo. Tiene que inclinarse mucho sobre la mesa para conseguirlo.

—Yo nunca seré como tú —asegura en un rápido susurro—. Yo cambio constantemente. No hay nada decidido, todo se mueve, *haz lo que quieras*. De todos modos, no me alcanzarás.

Cuando Elisabet se libera y echa la cabeza hacia atrás, Alma hincha los carrillos como un niño cuando infla un globo y luego va dejando escapar el aire entre los labios con un leve soplido. Elisabet mueve la cabeza aterrada, pero luego le saca la lengua con una expresión de crueldad burlona.

Se quedan sin saber qué hacer, mirándose la una a la otra con cara de aburrimiento, enfurruñadas.

Entonces, Alma se da cuenta de que Elisabet Vogler se esfuerza denodadamente por concentrarse. Mueve la boca, como si estuviese hablando y, poco a poco, empiezan a surgir palabras de su garganta. Sin embargo, aún no es su voz, ni tampoco la de Alma, sino un sonido débil, angustiado, sin dominio de sí, sin claridad.

—Quizá un delito contra lo privado, una carnación desesperada. O quizá lo otro, lo que domina, y todo vuelve a su ser. No, hacia dentro no. Así debería ser, pero ahí

es donde estoy yo. Y claro, entonces puede uno llorar o arrancarse la pierna.

La voz se vuelve más débil. Elisabet Vogler se tambalea, como si fuese a desplomarse sobre la mesa, en el suelo, pero Alma le agarra las manos y la sujeta.

—Los colores, la rapidez en el tiro, la repugnancia incomprensible del dolor y, luego, tantas palabras. Yo, a mí, nosotros, a nosotros... no, ¿cómo se dice?, ¿qué está más cerca?, ¿dónde puedo tomar impulso?

Alma le sujeta las manos y la mira a los ojos. Tiene frío, todo el tiempo, se siente gris y arrugada. La voz continúa avejentada y lastimera, trepando hacia arriba, se vuelve chillona y desagradable.

—El fracaso, que no se produjo cuando debía, que llegó en otro momento de forma imprevista, sin avisar. No, no, ahora hay otro tipo de luz, que corta sin cesar, nadie puede defenderse.

Alma aplasta el pecho contra la mesa. La señora Vogler interrumpe su monólogo chillón y alza la vista, observa el rostro ajado y estragado de Alma, sus hombros helados y encogidos, hace un movimiento brusco para liberarse, como si estuviese encadenada a un muerto, pero Alma la sujeta fuerte, la retiene por las muñecas.

**A**quí debería detenerse el proyector. Podríamos esperar que se rompiera la cinta o que el tramoyista cerrase el telón por error, o quizá que se produjera un cortocircuito y la sala quedase a oscuras. Pero no es así. Yo creo que las sombras seguirían su representación, aunque el oportuno cese abreviara nuestra sensación de incomodidad. Tal vez ya no necesiten la ayuda del proyector ni de la película ni de la cinta de sonido. Ahora se extienden en busca de nuestros sentidos, hasta lo más profundo, hasta nuestra retina, o hasta las más delicadas ramificaciones del oído. ¿Es así realmente? O es sólo una ilusión mía creer que las sombras tienen poder, que su ira sigue viviendo sin necesidad de recurrir a los fotogramas, sin esa marcha deplorablemente meticulosa de veinticuatro imágenes por segundo, sin esos veintisiete metros por minuto.

Entonces Alma lo ve:

Bajo la palma de la mano derecha de la señora Vogler hay una fotografía. Alma le aparta la mano. Es una instantánea rasgada en dos mitades, una fotografía del hijo de Elisabet, de cuatro años. Un rostro infantil, dulce, inseguro, un cuerpo pequeño y desgarbado que descansa sobre un par de piernas largas y flacas.

Ambas mujeres permanecen un buen rato observando la fotografía. Hasta que Alma comienza a hablar despacio, como buscando las palabras.

—Nada puede resultar más difícil, ¿verdad?

—(Elisabet niega con la cabeza).

—Pero vamos a hablar de ello, ¿sí?

—(Elisabet asiente).

—Una noche, en una fiesta. Se hizo tarde y había mucho alboroto. Ya cerca del alba, alguien dijo: «Elisabet Vogler lo posee casi todo, como mujer y como artista». «¿Qué es lo que falta?», pregunté. «Le falta a usted la maternidad». Yo me reí, pues me pareció una afirmación ridícula. Pero, pasado un tiempo, me di cuenta de que, de vez en cuando, pensaba en lo que aquel hombre había dicho. Mi desasosiego fue creciendo hasta que decidí permitir que mi marido me dejase embarazada. Quería ser madre.

Una larga pausa. La fotografía rasgada sigue sobre la mesa. La luz del candil aletea poniendo en movimiento las sombras de la habitación. Alma continúa:

—Así que la actriz Elisabet Vogler estaba embarazada. Cuando comprendí que era irreversible, sentí miedo. ¿No es cierto?

—(Elisabet baja la vista).

—... miedo a la responsabilidad, miedo a quedar atada, miedo a verse apartada del teatro, miedo al dolor, miedo a morir, miedo al cuerpo que se hinchaba. Pero no dejaba de representar mi papel...

—(Elisabet aparta la vista).

—... en todo momento, ese papel de una joven madre embarazada. Y todos decían: «¡Qué hermosa está ahora que espera un hijo, nunca ha estado tan hermosa!».

—(Elisabet intenta decir algo, pero no lo consigue).

—... entre tanto, hiciste varios intentos de abortar tú sola. Pero sin éxito. Finalmente, recurriste a un médico, según el cual habías superado el plazo razonable.

Cuando vi que no había salida posible, enfermé y empecé a odiar al niño, y deseé que naciese muerto.

—Fue un parto largo y difícil, el sufrimiento me duró varios días. Hasta que sacaron al niño con fórceps. Elisabet Vogler miró con repugnancia y miedo a su hijo lloroso y deforme. Cuando la dejaron sola con su primogénito, formuló su deseo entre

SUSURROS:

—¿Por qué no te mueres ya? ¿Por qué no te mueres?

—Incluso pensé cómo sería si matase al niño, si lo asfixiara bajo el almohadón, como si hubiese perdido la razón, o estrellar su cabeza contra el radiador. Pero el niño sobrevivió.

Elisabet Vogler esconde la cara entre las manos y se estremece en un sordo sollozo. Alma sigue sentada en la misma postura y continúa hablando como para sí. La fotografía con el dulce rostro inseguro del niño aún sigue sobre la mesa.

—... el niño sobrevivió como desafiándome y me vi obligada a llevarme a aquel ser vivo repugnante y trémulo al pecho, dolorido e irritado por la leche que se resistía a brotar. Se me llenaron los pechos de placas, los pezones se resquebrajaron y empezaron a sangrar: un largo sueño de fiebre y humillación. El niño enfermó. Lloraba sin cesar día y noche. Y yo lo odiaba, presa del miedo, víctima de los remordimientos.

—Finalmente, la enfermera y unos parientes se hicieron cargo de él y Elisabet Vogler pudo levantarse de la cama y volver al teatro.

La fotografía: Los ojos entornados, desconfiados, el cuello tenso y delicado, un hombro ligeramente elevado, inquisitivo, vacilante. Alma prosigue:

—... pero el sufrimiento no acabó ahí. El niño empezó a sentir un intenso amor inexplicable por su madre. Yo me defiendo, me defiendo desesperadamente, porque siento que no puedo corresponder. Lo siento cada día. Duele tanto, con un dolor tan insoportable. Los remordimientos de mi conciencia atormentada no me abandonan jamás. Y sigo intentándolo sin cesar. Pero no hay más que encuentros torpes y crueles entre el niño y yo. No puedo, no puedo, me veo fría e indiferente y el niño me mira y me quiere y es tan dulce y yo sólo quiero azotarlo porque no me deja en paz. Para mí es asqueroso, con esos labios gruesos y ese cuerpo tan horrendo y esos ojos húmedos y suplicantes. Me parece asqueroso y tengo miedo.

Alma oye esa voz que habla continuamente por su boca, se detiene e intenta evitar la mirada de Elisabet. Empieza a hablar muy rápido:

—Yo no siento como tú, no pienso como tú, no soy tú, sólo estoy aquí para ayudarte, soy la enfermera Alma. No soy Elisabet Vogler. Tú eres Elisabet Vogler. Yo quisiera... A mí me encantan... Yo no tengo...

Alma guarda silencio, se ve a sí misma por un instante, es ella, es Elisabet y es ella al mismo tiempo. Ya no es capaz de distinguir, y tampoco tiene importancia. Elisabet deja oír una risita breve y burda.

—Intenta escuchar —susurra Alma—. Te lo ruego. ¿No puedes escuchar lo que te digo? Intenta responder.

Elisabet aparta las manos y levanta la cara. Un rostro desnudo, sudoroso. Y asiente despacio.

—Nada, nada, no, nada.

—Nada.

—Así está bien. Así es como debe ser.

Elisabet Vogler vuelve a bajar la cabeza. Alma le suelta las manos. Se hunde, sin cesar. Alma se lleva la mano a los labios resecos.

Después, todo queda a oscuras.

**L**a doctora está sentada ante su escritorio, con una expresión de triunfo contenido. Se dirige al espectador.

—A principios de diciembre, Elisabet Vogler volvió a su casa y al teatro. Todos le dieron una calurosa acogida.

Yo siempre tuve el convencimiento de que volvería. El silencio era un papel como cualquier otro. Después de transcurrido un tiempo, ya no lo necesitaba y por eso lo abandonó. Claro que resulta difícil analizar los motivos más profundos. Sobre todo, en el caso de una vida interior tan compleja como la de la señora Vogler. Sin embargo, yo me inclino a apostar por un infantilismo fuertemente desarrollado. Añadido, claro está, a todo lo demás: imaginación, sensibilidad, quizá incluso auténtica inteligencia. (Ríe). Personalmente, creo que se precisa una dosis enorme de infantilismo para concitar las fuerzas que exige ser artista en una época como la nuestra.

La doctora está muy satisfecha con lo que acaba de decir. En especial, con la última frase.

Una luz gris de atardecer, cae la nieve silenciosa sobre un mar inquieto y oscuro. Alma se mueve en un silencio inmenso.

Un día aparece un hombre con una motosierra y un hacha. El silencio se ve quebrado por los furiosos silbidos de la herramienta con la que va cortando los troncos de los árboles. Alma lo invita a comer y a tomar café. Intercambian unas frases de cortesía.

Alma tiene mucho que hacer, con sus pensamientos y también con sus manos. Y se dice a sí misma:

—Aquí estoy, día tras día, en esta soledad, intentando redactar una carta. Sé que jamás será escrita: ayer estuve haciendo limpieza en tu escritorio. Y encontré una fotografía. Era de un niño de unos siete años. Lleva una gorra y pantalón corto, calcetines hasta la rodilla y un chaquetón pequeño y elegante. El pánico ha espantado el color de su rostro y tiene los ojos negros, desorbitados. Tiene los brazos extendidos y en alto. Detrás de él se distinguen a un lado hombres y mujeres cargados con grandes bultos, todos mudos con la mirada fija en la cámara. Al otro lado se ve a unos soldados con sus cascos de acero y gruesas botas militares. El que está más cerca del niño sostiene la carabina lista para disparar. El arma apunta directamente a la espalda del niño. Es otoño y las hojas caídas se arremolinan al borde de la calzada.

Alma se mueve en la penumbra de las habitaciones, entre muebles cubiertos de sábanas, alfombras enrolladas. Se detiene ante una de las grandes ventanas y mira al hombre y su caballo, que está en la terraza. La nieve cae en grandes copos húmedos.

—En realidad, a mí me gusta muchísimo la gente. Sobre todo cuando están enfermos y puedo ayudarles. Me casaré y tendré hijos. Creo que me irá bien con lo que me espera en este mundo.

La conversación de Alma se ve interrumpida. El rostro de la señora Vogler inunda la pantalla. Un rostro en un puro grito abierto, desencajado de terror, con los ojos desorbitados, el maquillaje estragado por surcos de sudor.

La imagen palidece, se vuelve gris, el rostro se esfuma. Se transforma en el rostro de Alma, empieza a moverse, adopta siluetas extrañas. Las palabras dejan de tener sentido, discurren y saltan hasta que, al final, desaparecen por completo.

La pantalla aletea blanca y muda. Luego, queda a oscuras... Van discurrendo letras vacilantes por la imagen, se ve la cinta de la película pasando a toda velocidad por el visor.

Se detiene el proyector, se apagan la lámpara de arco y el amplificador. Se saca la película y se guarda en su funda marrón.

Ornö, 17 de junio de 1965



INGMAR BERGMAN (Upsala, Suecia, 14 de julio de 1918-Fårö, Suecia, 30 de julio de 2007) fue un guionista y director de teatro y cine sueco. Considerado uno de los directores de cine clave de la segunda mitad del siglo xx, es para muchos, el más importante productor de la cinematografía mundial.